

Tristán e Isolda de Richard Wagner

Magda Ruggeri Marchetti

Tristán e Isolda, de Richard Wagner. Director musical: Jesús López Cobos. Director de escena: Lluís Pasqual. Intérpretes: Waltraud Meier, Robert Dean Smith, René Pape, Alan Titus, Mihoko Fujimura, Alexander Marco-Buhrmester. Escenógrafo: Ezio Frigerio. Figurinista: Franca Squarciapino. Iluminación: Wolfgang von Zoubek. Teatro Real (Madrid), 15 de enero de 2008.

Tristán e Isolda se estrenó el 10 de junio de 1865 en el Real Teatro Nacional de la Corte de Munich, pero el texto poético fue escrito en 1857 y la partitura compuesta entre 1857 y 1859, un período difícil de la vida de Wagner. Dos sucesos influenciaron esta gran creación: la lectura de *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer y la pasión amorosa que suscitó en él Mathilde, la mujer de Otto Wesendonck en cuya casa, que el compositor llamaba *el asilo*,

fue huésped durante un año. Wagner encontró en ella a la mujer culta e inteligente que sabía comprender su arte y que con su amor y su renuncia hizo posible la creación de esta gran ópera. En una carta a Eliza Wille en 1853, Wagner confesó: Mathilde «es y permanece mi primero y único amor».

Las fuentes medievales del símbolo fundamental del drama, el filtro de amor, aunque investigadas profundamente por parte de Wagner, son un pretexto para su gran

obra poética porque cada elemento del mito adquiere un sentido nuevo en su recreación. Isolda quiere castigar a Tristán ofreciéndole una bebida con veneno y al mismo tiempo tomarla ella misma para salvarse de un futuro que le parece humillante: el matrimonio con el viejo rey Marke, tío de Tristán, y no con el héroe a quien ella salvó dos veces y que después la ofreció al rey en extremo gesto de lealtad. La doncella, en cambio, substituye el veneno por un filtro de amor. Los dos protagonistas después de haberlo bebido creen que ya sólo les quedan pocos instantes de vida, por lo que se sienten liberados de las normas sociales de un mundo falaz, que en el sistema simbólico de la obra se llama *Día*, ofuscado de luz cegadora. En el segundo acto, en el largo y célebre dúo, Tristán e Isolda no hablan ya del amor, sino del día y de la noche, que cobija la verdad de los sentimientos, asumiendo estas dos partes de la jornada una corporeidad que los eleva a la categoría de personajes virtuales palpantes. En el drama el vocablo *liebe* significa en particular la caída de los límites entre el «tú» y el «yo» en una fusión total de los dos enamorados que precede al éxtasis del amor: la disolución de este único ser en la muerte o en la nada. La influencia de Schopenhauer es manifiesta.

Waltraud Meier y Robert Dean Smith nos representan con entrañable veracidad la anulación del propio ser en el otro. Ya no existen Isolda ni Tristán porque cada uno es también el otro. El final del drama, que habitualmente se define como *Liebestod*, muerte de amor, es en efecto la transfiguración de Isolda que la soprano interpretó magistralmente con sus dotes de gran actriz; la música que la acompaña se podría considerar el culmen de toda la música europea. Para representar con autenticidad estos sentimientos hacía falta un plantel de cantantes que fuesen también grandes actores y el Real tuvo la suerte de poder contar con ellos.

El bellissimo montaje de Lluís Pasqual plasma el ambiente de tres épocas distintas. El primer acto nos transporta a la leyenda medieval, desarrollándose en la cubierta de un barco con roda de aire vikingo sobre el fondo de un mar plateado, del que una disposición de espejos laterales hace infinito el horizonte. En el segundo Wagner habla de sí mismo y el director nos sitúa en el siglo XIX, en pleno romanticismo, en el jardín de cipreses de Marke con un tronco muerto y retorcido en primer plano. En el tercer acto estamos en nuestros días porque el amor es un sentimiento de todas las épocas y la escenografía nos transmite un aire casi intemporal a través de las inmensas columnas translúcidas, las cortinas blancas semitransparentes movidas por la brisa. El mar está siempre presente y vivo en el escenario, meciendo con realismo la nave en el primer acto, entreviéndose a través del bosque romántico en el segundo y desde las ventanas de la mansión-hospital del último acto. El viaje en barco de Isolda al encuentro de su amado agonizante, da lugar, como el de Siegfried por el Rhin, a un momento de alta intensidad lírica y musical.

La escenografía de Ezio Frigerio es magnífica: el cielo con las nubes bajas que se arrastran en perpetuo movimiento, las tormentas y el acertadísimo empleo de las luces, espejo de la espiritualidad de los personajes. El vestuario de Franca Squarciapino es sugestivo y refinado: perfecta armonía de grises y platas con el plúmbeo mar en el medieval, sobrios matices de gris y azul en el siglo XIX, discreto en los oscuros impermeables en la época actual.

Jesús López Cobos dirige la orquesta con su acostumbrada maestría que sabe resaltar el brillo de la insuperable partitura. El motivo del tormento de amor, generalmente llamado *el acorde del Tristán*, aparece ya en el Preludio al I acto y retornará durante toda

la larga partitura con su tormentoso cromatismo. La orquesta sigue al maestro consiguiendo resaltar el estilo musical de la obra, otorgando el justo protagonismo a un cromatismo pionero en la historia de la música. Wagner usa procedimientos excepcionales para dar expresión a un contenido dramático que él mismo consideraba excepcional. Algunos críticos opinan que el estilo armónico del *Tristán* ha abierto nuevos horizontes, poniendo en crisis la armonía tonal, pero hay también quien al contrario considera que la precisión de la escritura la reafirma, prorrogando su vigencia.

El reparto vocal es excepcional. Waltraud

Meier además de ser una gran artista que sabe conmover reflejando los profundos sentimientos del personaje, lució una voz modulada y vibrante hasta llegar al clímax en la despedida. El tenor Robert Dean Smith como Tristán nos ofreció un óptimo trabajo a pesar de las dificultades de este papel. Perfecta la interpretación de Alan Titus como Kurwenal, brillante Mihoko Fujimura que dio gran espesor al personaje de Brangäne. De gran presencia y solemnidad René Pape en el papel de Rey Marke. Fue una gran noche de ópera que el público agradeció con repetidos aplausos y ovaciones.



■ *Tristán e Isolda*, de Richard Wagner. Director musical: Jesús López Cobos. Director d'escena: Lluís Pasqual. Teatro Real (Madrid), 15 de gener de 2008. (Javier del Real)